

Y aunque les pareció vender barato
Segun suele quien usa mercancía,
Algunos perseveran en el trato
Y enriquecen con esta granjería;
Y desde entonces se estampó contrato
De que gozamos todos este día,
Y dura y durará la compra y venta
Que por aquel camino se frecuenta.

De manera, señor, que del regalo
Que puede dar un territorio bueno,
A los regaladísimo igualo
Los hombres que poblaron aquel seno;
Y el no hacello antes fué lo malo:
Réstame pues decir deste terreno
Los lugares poblados de presente,
En un canto final y concluyente.

CANTO CUARTO.

Donde se dicen los pueblos que hasta hoy conocemos fundados por los españoles en la provincia de Venezuela, con lo cual se da fin á lo de aquella gobernación.

Buenos principios de conquista lleva,
Y así serán los medios principales,
Si el capitán que halla tierra nueva
Asienta pueblos con sus oficiales,
Y no se desbarata ni se ceba
En solo destruir los naturales;
Porque sin duda es este remanso
Camino de riquezas y descanso.

Y así los pueblos en aquel partido,
Por las contractaciones ser continas,
Grandemente se han ennoblecido
Con riquezas y gentes peregrinas;
Y con los tales tractos han venido
A sustentar esclavos en sus minas
De oro, porque no se halla plata,
Y su principio fué Bubuñata.

El pueblo de la costa de Oceano,
Y tal el oro de su nacimiento,
Que por ensaye consta que su grano
Tiene de los quilates henchimiento:
Perálvarez, caudillo baquinano,
Fué fundador primero del asiento,
Año de tres quinientos y cincuenta,
Segun el uso de cristiana cuenta.

Y el de cincuenta y dos mas adelante
Vió Damián de Barrios los Noaras,
Y allí muestra de oro tan bastante,
Que convino plantar sagradas aras
En el río Buria circunstante,
Que tú, nueva Segovia, desamparas,
Pues por ser á dolencias subyeto
Se pasaron á Barraquicimeto.

Donde faltaron las enfermedades
Porque el asiento dél era mas sano,
Mas no faltaron las calamidades
Que ya dejamos dichas del tirano;
También esclavos destas vecindades
Antes se levantaron á su mano,
Haciendo por los pueblos algun daño
Por estar descuidados del engaño.

Ciento y cincuenta negros son de guerra,
Gente feroz, bien puesta y arriscada,
Y en áspera quebrada de la sierra
Hicieron una fuerte palizada:
Pusieron en temor toda la tierra
Por ser la nuestra poca y apartada,
Y cada cual guardaba sus asientos
Esperando los negros por momentos.

Porque juraron rey solemnemente,
Puestos en el lugar que les aplico:
Aqueste fué Miguel, negro valiente,
Criollo de San Joan de Puerto-Rico;
Y el rey negro nombró lugar-teniente
Creyendo ya valerle por su pico;
Finalmente, solteros y casados
Estaban todos atemorizados.

Mas al levantamiento se dió cura,
Tal cual la suele dar lanza y espada,
Por se hallar en esta coyuntura
Gente del nuevo reino de Granada;
Y llegar á tal tiempo fué ventura,
Segun iba la cosa mal parada:
Pero Rodriguez fué de Salamanca
Con gente para guerra nada manca.

Y Cabrera de Sosa, varon dino
De selle la fortuna favorable,
La cual si se moviese por camino
A sus merecimientos razonable,
Ternia tan cansado peregrino
Un precio de valor inestimable;
Mas unos hacen honorosos hechos
En Indias, y otros llevan los provechos.

Estos con otras gentes de sustancia
Habian ido por comprar ganado
Para poblar el campo y el estancia,
Del reino que tenían conquistado;
Pues como fuere hecho de importancia
Subyectar el esclavo rebelado,
Determinaron una y otra gente
De deshacer aquel inconveniente.

Treinta fueron de gente bien cursada
En desmallar las lorigadas redes,
En animo y valor tan estremada
Que pueden del vivir hacer mercedes;
El valeroso Diego de Losada,
Y allí Diego Garcia de Paredes,
Valiente y esforzado caballero
Y de paternas fuerzas heredero.

Por la gran aspereza del camino
Todos iban á pié como romeros;
Sirventos alpargates de rocino
A los que son mas diestros caballeros;
Bajan con el recato que convino
Por asperisimos despenaderos;
Mas antes de podelles ver la frente
Adelantóse Diego de la Fuente.

Negro de quien en la primera parte
Conté con grau verdad grandes hazanas,
Pues en cualquier bandera y estandarte
Acostumbró hacer cosas estrañas;
Y agora sin favor de ajeno Marte
Ansimismo se dió tan buenas mañas,
Que trajo para guia del cercado
Un poderoso negro maniatado.

Maravillóse nuestra compañía
De ver tan á su salvo tan buen hecho,
Porque segun lo que se pretendia,
Fué para lo demás de gran provecho:
El negro preso pues sirvió de guia
Para llevar camino mas derecho,
Hasta que ya tomaron la ribera
Que de viciosas arboledas era.

Vieron aquellas playas blanqueando
Con lienzos que tenían estendidos,
Y cantidad de negras que lavando
Estaban sus camisas y vestidos;
Por algunos que están atalayando
No pudieron dejar de ser sentidos,
Y así dicen los que la vela tienen:
«¡Arma, arma, que los barbudos vienen!»

Aquesta grita y alboroto dura
Sin momento dejar intermitente;
Tragos son de dolor y de amargura
Viéndose salteados de repente:
El español feroz luego procura
De rodear el golpe de la gente,
Porque negros que andaban divertidos
A su palenque fueron recogidos.

En un ancon fuera de la quebrada
Tenian bien compuesta su manida:
Por la parte de tierra palizada
Para se defender fortalecida;
Por el arroyo va Peña tajada
Que por ninguna parte da subida,
Y el cercado tenían con dos puertas,
Mas entrambas á dos están abiertas.

Sosa y Diego Garcia van delante,
Ocupando primero la primera;
Pasó Pedro Rodriguez mas avante
Tomando la que cae mas afuera;
Luego la demás gente litigante
Acude donde mas menester era,
Todos de sus escudos bien cubiertos
Porque contrarios tiros vienen ciertos.

A causa de que bárbaros guerreros
Estaban por de dentro y allí junto,
Vieron al rey Miguel de los primeros,
Miguel que de leon es un trasunto:
Requeríanle nuestros caballeros
Después que ya llegaron á tal punto:
«Date, date, Miguel, de buena suerte,
Si no quieres morir de mala muerte.»

El negro, «¡dar! oh! qué! les respondia:
Es pensar eso necesidad notoria;
Antes os digo ser aqueste dia
Un dichoso principio de mi gloria.
Use de semejante cobardia
Quien no tiene por cierta la victoria:
Yo no, yo no, que tengo buenas manos
Para derramar sangre de cristianos.»

«¡Aquesas cotas y celadas finas
Desbarán almocafres, que provechos
Acostumbraban dar labrando minas;
Mas ya quieren labrar humanos pechos
Y romper las entrañas intestinas
Enastados, agudos y derechos.»
Luego con uno dellos hizo tiro
Con fortaleza de sabino siro.

Y aun con aquel furor y de tal arte
Que tiro de sulfurea candela,
Pues que le traspasó de parte á parte
Al buen Pero Rodriguez la rodela;
Reparan al entrar del baluarte,
Y cada cual del golpe se recela,
Porque luego con increíble ira
Y con las mismas fuerzas otro tira.

Y en un madero de los del cercado
Entró la dura punta del cuchillo,
No menos en el palo soterrado
Que si fuera con golpes de martillo,
Tanto que brazo muy aventajado
Fué poca parte para desasillo;
Ordénanse los otros en su plaza,
Y cada uno dellos desembraza.

Comiézase la belicosa fiesta
Que no piensa de sangre ser avara;
Arma Diego de Escorcha la ballesta
Que por blanco tomaba negra cara;
En la cureña rasa tiene puesta
Con acerado hierro diestra jara:
Apunta como diestro ballestero
Para hacer su tiro mas certero.

Aunque tiene delante mucha gente,
Procura desarmar en el caudillo:
La punteria fué tan excelente
Que no le lastimó por el tobillo,
Antes fué tal el golpe de la frente
Que traspasó también el colodrillo:
La vista de Miguel quedó perdida,
Quedando perdidoso de la vida.

Faltando la malilla deste juego,
Se jugaron después muy pocas manos,
Porque por las dos puertas entran luego
Con gran brio y valor nuestros hispanos:
Muchos negros de si hacen entrego,
Otros mueren allí como romanos;
Finalmente, gozaron del trofeo
Los nuestros, y partieron el rancho.

Regocijados de tan buen efecto
Con los negros que vivos recogieron
Se volvieron á Barraquicimeto
Y á su nueva Segovia, do salieron;
Cuyos vecinos libres del aprieto
Con gran solemnidad los recibieron,
Teniendo por negocio del momento
El deshacer aquel encantamento.

Sucedidas aquestas cosas varias,
Vino de buenas intenciones lleno
Por su gobernador Alonso Arias
De Villasinda, licenciado bueno.
Las cosas de su tiempo son sumarias,
Por ser de novedades muy ajeno:
Murió, segun la cuenta verdadera,
Por los cincuenta y siete de la era.

Quedaron por alcaldes dos ancianos
En el Tocuyo, ciudad primera,
El noble Joan Martin de Castellanos,
Y el generoso Vasco de Mosquera:
Estos por no tener ociosas manos
Determinaron que saliese fuera
A poblar los Guicas compañía,
Y por su capitán Diego Garcia.

El cual luego tomó gente de guerra,
Cuyo valor allí no fué sencillo;
Recibiólo de paz toda la tierra,
Y pobló pueblo que llamó Trujillo:
Sustentaban la paz llanos y sierra
Obedeciendo todos al caudillo;
Pero después por malos tractamientos
Mudaron estos indios los intentos.

Tornáronse soberbios y lozanos,
Sin tener reverencia ni respeto;
Finalmente vinieron á las manos,
Y desto se siguió tan mal efecto,
Que consumieron diez y seis cristianos
Y ponen los demás en gran aprieto,
Los cuales viendo tal inconveniente
Envían al Tocuyo por mas gente.

Al tiempo questa gente ya llegaba
Con despachos y cartas de creencia,
Gutierre de la Peña gobernaba
Por provision de la real audiencia,
El cual, segun las fuerzas alcanzaba,
Apercibió con suma diligencia
A cierta gente bien aderezada,
Y fué con ella Diego de Losada.

Apaciguó la tierra circunstante,
Cuya ferocidad andaba suelta,
Pero mirando bien que la restante
En no dar subyeccion está resuelta,
Para traer ejército bastante
Determinaron todos dar la vuelta,
Pareciéndoles ser intentos locos
Querer domar á muchos siendo pocos.

Después mandó Gutierre de la Peña
A Francisco Ruiz, el cual porfia
En subyectar la gente zabareña,
Aunque con brevecilla compañía:
En Escugue reforma su reseña,
Y el pueblo que pobló Diego Garcia
Con nombre que le dió siendo caudillo,
Por ser el uno y otro de Trujillo.

Estando pues Ruiz desta manera
Sin deslizar del primer estado,
Después de tres quinientos de la era
El de cincuenta y nueve comenzado,
Vino gobernador de do se espera,
Y aqueste se llamó Pablo Collado;
El Paredes volvió luego á su cargo
De los Guicas con poder mas largo.

Diego Garcia, con la pesadumbre
De que gente guerrera no carece,
Hizo venir á paz y servidumbre
Al que de mas defensa se guarnece,
Volviendo su furor en mansedumbre,
El cual dicho Trujillo permanece
Con grande multitud de naturales,
Y tiene granjerías principales.

Al fin el español ya se averigua
Con ellos, con tener mayor potencia
Que en sus principios tuvo Hacarigua.
Hay poblada también nueva Valencia
En terminos del lago Tacarigua,
Tierra fértil en hechos y apariencia,
Y en cuyos rios hay dorados granos
Que sacan con esclavos los cristianos.

El año de sesenta ya presente,
Sin que el gobernador se lo permita,
Un Francisco Fajardo diligente,
Mestizo de la isla Margarita,
En los indios caracas metió gente
Que la guerra difícil facilita:
Era hijo de generoso padre,
Y reina de la isla fué su madre.

Doña Isabel la India se decía,
Señora principal, mujer bastante,
A quien grande respecto le tenía
Toda la tierra firme circunstante;
Y por la madre que con él venía
Los indios no mostraron mal semblante:
Fundó su pueblo, dicho San Francisco,
Para traellos á mejor aprisco.

Conociendo ser cosa conviniente
Conservar al mestizo ya nombrado,
Determinó nombrarlo por teniente
Este gobernador Pablo Collado;
Al cual después por invidiosa gente
Le quitó su poder y cargo dado,
Y el que con el poder nuevo venía
Joan Rodríguez Suarez se decía.

El cual en valentía satisfizo
A cuanto puede ser en ser humano,
Mas no sé qué negocios allí hizo
Por do Collado no le dió mas mano,
Volviendo sus poderes al mestizo:
Aguirre vino luego, mal tirano,
Y tan perverso, que peor ninguno;
Y esto fué año de sesenta y uno.

Sabiendo Joan Rodríguez su venida,
Para mostrar sus hechos señalados
Hizo de los caracas su partida
Con seis escogidísimos soldados:
Fin dieron todos ellos á su vida
Por multitud de indios alterados;
Mas con venganza tal y de tal arte
Cuanto vistes en la primera parte.

Los indios victoriosos con la muerte
Del fuerte capitán por ellos muerto,
Dieron en el Fajardo de tal suerte
Que le cumplió desamparar el puerto;
A Cumaná Fajardo se convierte,
Donde el alcalde Cobo, mal esperto
En cosas de justicia, mal la hizo
Y por términos malos del mestizo.

La madre pareció por su presencia
A pedir el agravio recibido
Delante los señores de la ndiencia,
Donde fué su negocio bien reñido:
Vióse la causa, dióse la sentencia,
Cada cual defendiendo su partido;
Mas la India no pleiteó de balde,
Pues hizo que ahorcasen al alcalde.

En tiempo de la dicha competencia,
Vino Bernaldez Tuerto, licenciado,
Por mandado de la real audiencia
Por ciertas quejas que hubo de Collado:
Tomóle rigurosa residencia,
Y en efecto, sin culpas ó culpado
Collado del collado fué bajando
Quedándose Bernaldez gobernando.

Por no tener Bernaldez horas vacas
Ni se mostrar gobernador sencillo,
Gente hizo volver á los caracas
Y á Luis de Narvaez por caudillo;
Las fuerzas que halló no fueron flacas,
Aunque las tuvo buenas su cuchillo;
Mas, de sesenta hombres desta gente,
Vivos salieron cuatro solamente.

Muerto Narvaez con tan grande daño,
A gobernar aquella tierra vino
Don Pedro Ponce de Leon, el año
Ya de sesenta y seis: varon que dimo
Era de gobernar mayor rebaño,
Y así pasó muy bien aquel camino;
Luego como llegó puso la frente
En subyectar aquella brava gente.

Para hacer mejor la tal jornada,
Puso, por ser persona conocida,
Los ojos en el Diego de Losada,
Al cual antes que haga su partida
La comision que pide le fué dada,
Y tal que fué su boca la medida,
Con deseo de ver duros castigos
En tan desvergonzados enemigos.

Porque después de ser Narvaez muerto,
En esta crueldad perseverando
Mataron otros muchos en el puerto
De gente que pasaron navegando:
Usando destas mañas y conciertos,
Que cuando vian ir emparejando
Navios por sus playas y ribera,
Enarbolaban una gran bandera.

En ese mismo punto los fieles,
Pensando gente ser de buena laya,
Mandaban echar fuera los bateles
Y llegaban con ellos á la playa:
Indios medio ladinos y crueles
La gente persuaden á que vaya
A ver los españoles sus hermanos,
Cuyos pueblos decían ser cercanos.

Con aquesta mentira bien compuesta
Eugañaban la gente bautizada,
Haciéndoles allí tan grande fiesta
Como si fuera paz muy asentada:
Echaba de sí luego la floresta
Terrible muchedumbre bien armada,
Ejecutando mil diversidades
De martirios con grandes crueldades.

Con la maña y astucia que refiero
Y de sinceridad gran apariencia,
Mataron á Joan Sanchez, caballero,
Clérigo mal seguro de conciencia,
El cual fué provisor de nuestro clero,
Y allí se le tomó la residencia;
Otros quince mataron juntamente
Que venían con este delincuente.

Estos mismos cogieron en sus redes
Con las mismas caricias y halago
Al buen Diego García de Paredes,
Aquel de quien atrás memoria hago,
Viniendo de Castilla con mercedes
Que trajo del gobierno de Cartago;
Pues sabida la muerte del tirano
Le hizo la merced rey soberano.

Tan gran error, en un tan buen soldado,
A todos nos causó gran maravilla,
Sabiendo bien Narvaez ser entrado
Al tiempo qué se fué para Castilla
A fin de castigar al rebelado,
Y ser aquella gente no sencilla;
Mas él pensó que lo tenía llano,
Y ser verdad haber pueblo cristiano.

Y fué demasiada la ceguera,
Pues debiera tener por cosa clara
Que si cristiana poblacion oviera
De gente conocida, no faltara
Quien pasara bien esta frontera;
Y aun fuérale mejor que la dejara
E ir donde llevaba la demanda
Sin ver á Catalina de Miranda.

Al fin él se mostró poco discreto
En se meter allí sin certidumbre,
Metiendo muchos otros en aprieto
De muerte, con inmensa pesadumbre,
Y con las crueldades que en efeto
Estos bestiales tienen de costumbre;
Y pues él dió ya fin á su jornada,
Volvamos á decir la de Losada.

Por Terepaima guía su camino,
No menos industrioso que valiente,
Adonde deste bárbaro vecino
Era la mayor fuerza de la gente:
Embisten con el campo peregrino,
Mas el Losada fué tan diligente
Que con pesar de toda la ralea
El alto de la loma señorea.

Para hacer al indio mas confuso,
Donde mas pueblos hay allí se queda;
Fundó ciudad, según el comun uso,
En parte rasa, limpia de arboleda,
Y Santiago de Leon le puso;
Otro en la mar llamó Caravalleda:
Son fértiles asentos y elegantes,
Y cuatro leguas estarán distantes.

Al bárbaro feroz nada le plugo
De ver la poblacion de los cristianos;
Mas Losada les hizo que den jugo
Sacando de sus minas ricos granos;
Y tienen por mejor sufrir el yugo
Que venir con los nuestros á las manos:
Finalmente, la gente castellana
A aquella tierra toda tiene llana.

Están en el servir muy adelante,
Y es de su natural aquella gente
En sus dispusiciones elegante,
Gallarda, limpia, suelta, diligente;
La tierra rica, fértil, abundante,
Y para la salud muy escelente:
Están pues los dos pueblos hoy enteros,
Y serán para siempre duraderos.

La máquina del mundo que se mueve
Por orden del etéreo movimiento
Contaba por la cuenta que se debe
Al cómputo del santo nacimiento
Ya de sus años los sesenta y nueve,
De mas y allende del quinceño ciento,
Cuando se desasó don Pedro Ponce,
Para vivir con Dios, del mortal gonce.

Pidió luego Losada su gobierno
A Grajeda que entonces presidia;
Mas pudo mas en él el amor tierno
Quel mérito de quien se lo pedía:
Y así lo proveyeron á su yerno,
Que Francisco de Chaves se decía;
Después del proveimiento del audiencia
A Losada le dió cierta dolencia.

Volvió de la Española sin el mando,
Y de su calentura con recelo,
Llegó á Burburuata, y en llegando
Allí murió con harto desconsuelo.
Perdon de sus pecados demandando
Al sumo Hacedor de tierra y cielo:
Hombre guerrero fué, cuyos valores
Se pueden igualar con los mejores.

Tracté mucho con este caballero,
Y á grandes hechos suyos me vi junto:
En las elegias del libro primero
Hice mencion y lo dejé difunto,
Y fué por estar yo no tan entero
Que me pensase ver en este punto;
Y como Dios me dió mas larga vida,
Quise dar esta cuenta mas cumplida.

Después de aquestos fortunosos juegos,
Gobernó Chaves, año de setenta;
El año mismo vino Mazariegos,
Y gobernó seis años, á mi cuenta:
Gobiernos claros fueron, y no ciegos,
Segun su buena fama representa;
Y entonces ya gustosos deste cebo,
El Maracaibo se pobló de nuevo.

Un Pacheco, que fué varon notable,
Fundó ciudad de gente castellana
En parte bien dispuesta y agradable
Y al dicho Maracaibo muy cercana;
Mas esta poblacion no fué durable,
Aunque siempre duró la buena gana;
Pero como halló gran resistencia
Convino del lugar hacer ausencia.

Salió pues del compás de Venezuela,
Y fué con breve copia de cristianos
A hablar en el Cabo de la Vela
Al mariscal Miguel de Castellanos,
Para con su favor y su tutela
Volver luego las armas á las manos;
Mas como la ganancia fallecia,
No concluyó con él lo que queria.

Volvióse donde estaba Mazariego,
Ya de su poblacion desconfiado,
El cual gobernador mediante ruego
Hizo volver á Pedro Maldonado,
Que con valor insigne pobló luego
El pueblo por Pacheco despoblado:
Por nombre se le dió Nueva Zamora
Con el cual permanece hasta agora.

El lago corre con sus bergantines,
Combatiendo con indicas canoas
Que traian guerreros tan insines
Que no suelen volver siempre las proas:
Vista dieron á pueblos que confines
Están fundados sobre barbacoas,
Donde se defendieron como diestros
Y no sin algun daño de los nuestros.

Dejaron aquel bárbaro flechero
Sin poder subyectar su baluarte,
Y corrieron el lago por entero
Descubriendo por una y otra parte,
Hasta llegar á su desaguadero,
Donde la isla Tova lo reparte
En dos bocas, la una tal que tiene
Una legua de ancho por do viene.

La otra hace desta diferencia
En no tener tan ampliados senos;
La isla tiene de circunferencia
Hasta seis leguas, poco mas ó menos;
Los moradores hacen resistencia
Defendiendo sus casas como buenos:
Toda paz amigable se desecha,
En agua confiando y en la flecha.

Para poder domar aquestas gentes,
Habian de hacer larga demora;
Y así por les faltar los adherentes,
Determinan dejallas por agora,
Por socorrer á cosas convinientes
A la perpetuidad de su Zamora,
Que tal nombre le dieron en entrego
Porque era de Zamora Mazariego.

En aquesta sazón y coyuntura,
Siendo setenta y siete de la era,
Pagando los tributos de natura,
Dió Mazariego fin á su carrera:
Fué hombre de grandísima estatura
Y en virtudes su vida muy entera.
Don Joan Pimentel vino, y al presente
Modera las provincias y la gente.

Varon cuyo valor y cuya vida
Es un dibujo de virtud tan lleno,
Que nos parece ser regla y medida
De cuanto tiene título de bueno:
Santa modestia, nunca divertida
A nota que denote ser sin freno;
Y así va ya (su discrecion mediante)
Esta gobernacion mas adelante.

Los pueblos visitó por su presencia,
Venciendo de rigor cualquier embargo,
Tomando de jueces residencia:
A Maldonado priva de su cargo
Por pronunciar una cruel sentencia,
Y ejecutalla muy á paso largo
En Tejada, soldado lusitano
A quien mató por caso bien liviano.

Este, privado como delincuente
De la manera que se representa,
El don Joan Pimentel, como prudente,
Por conocer daria buena cuenta,
A Joan Guillén nombró por su teniente,
Que hasta hoy aquel pueblo sustenta,
No sin copia de muertos y heridos,
Por ser los naturales atrevidos.

Tienen en pelear esfuerzo raro,
Sin les faltar ardid y buenos brios,
En el agua que toman por amparo,
Y en ella cantidad de sus navios;
Pues como mas arriba me declaro
Dentro tienen sus casas ó buhios,
Do hacen á pié quedo buenos lances,
Y no menos si van en los alcances.

Porque desta manera dieron cabo,
Con número de gente bien crecido,
De Cristóbal de Rivas, que yo alabo
Por ser soldado diestro y escogido;
Salió también con harto menoscabo
El Pedro Maldonado mal herido,
Queriendo castigar aquel rebato,
De donde se escapó solo un mulato.

Entre los muchos pueblos de gentiles
Quel Maracaibo tiene congregados,
Hay unos á quien llaman los aliles,
Indios feroces y desvergonzados:
En ensayos de guerra son sutiles,
Y en el acometer determinados;
Estos tenían muy poco respeto
Al capitán Guillén, y en gran aprieto.

Y así, con otras muchas gentes fieras,
Viendo la poca gente de Zamora,
Habian concertádose de veras
Sobre venir á una misma hora:
El Joan Guillén velaba sus riberas
Cercanas á la parte donde mora,
Con temor grande, por aviso cierto,
De ver presto contrarios en su puerto.

Al tiempo que Guillén está temiendo
Tan impetuosa carrera,
Los años del Señor iban corriendo
Por los ochenta y uno de la era;
Y un Francisco de Cazares, viniendo
De España por ver bien esta frontera
Y la gobernación estar á una,
Quiso meterse por el alaguna.

Pues como en otra parte se recita,
Cazares ha poblado por un canto
El valle que llamamos de la Grita,
Y á la ciudad del Espíritu Santo;
Y siendo la distancia bien descrita,
Son sobre quince leguas otro tanto,
Y adonde si por Cucuta navega
A su gobernación muy presto llega.

Tiene pues, este lago rodeado,
Distante población por esta vía,
El Cabo de la Vela por un lado,
El valle de Upar mas al mediodía,
Ocaña, pueblo mas encaramado,
Y Mérida, que poco se desvía;
La Grita y á Trujillo referimos,
Hasta volver á Coro, do partimos.

También del alaguna está cercana
La ciudad que llamamos de Pamplona,
Todos pueblos de gente castellana,
Do predomina la real corona,
Y el natural se da de buena gana
Con sus tributos y por su persona:
Entró Cazares pues, y con desino
De dar á su gobernación camino.

Dos navios metió con gentes raras
Y número menor que conveniente,
Y en las bocas topó con los toparas,
Nación feroz y gente de posible,
Que en canoas y número de jaras
Arrojan siempre cantidad terrible;
Mas pasó con su gente vencedora
Hasta llegar al puerto de Zamora.

Regocijaronse por maravilla,
Teniendo por grandísima ventura
Llegar allí navios de Castilla
En tal necesidad y coyuntura;
Y así los recibieron en la villa
No con pocos aplausos de holgura:
Reposaron la noche, y otro día
El Joan Guillén habló por esta vía:

«Señor gobernador, haber venido
Vuestra merced al pueblo de Zamora,
Téngolo por milagro conocido,
Y quierole llamar dichosa hora:
De mal á bien será restituído,
Y causa seréis vos de su mejora,
Librándolo del mal inconveniente
Que lo mal amenaza de presente.

» Porque no solamente se barrunta,
Mas amigos avisan por muy cierto,
Como los indios todos hacen junta
Contra los que tenemos este puerto;
Vida dareis á la ciudad difunta,
Y resucitareis un pueblo muerto,
Si vos me socorriédes con gente
Para dar en la junta de repente.

» Por poder castigar el maleficio
Y atrevimiento desta gente perra,
Que solamente tienen por oficio
El uso y ejercicio de la guerra:
A Dios y al rey hareis grande servicio
Y perpetuareis aquesta tierra:
Un solo barco quiero de los vuestros
Y dos docenas de soldados diestros.

» Con el aviamiento del vecino
Iré de buenas esperanzas lleno,
Y confiado del favor divino
Que tengo de hacer un lance bueno,
Con dalles un asalto repentino
Para terror comun deste terreno:
Vuestra merced, señor, aquí se quede,
Y aqueste bien me haga, pues que puede.»

Cazares respondió con buen semblante
A la demanda deste caballero,
Diciendo: «Para cosa semejante,
Lo que quereis, señor, es lo que quiero;
Pero creed que tengo de ir delante
Y en los peligros he de ser primero:
Vea vuestra merced lo que mas resta,
Porque mi gente yo la tenga presta.»

Tomó dos bergantines al momento,
Y de buenos soldados hasta treinta,
Personas todos ellos de momento,
Y de quien él hacia mucha cuenta:
Joan Lopez Orejon, que es su sarjento,
Por capitán del uno se presenta;
En el otro va él con buen pertrecho
Y cuanto brio pide fuerte pecho.

Por Joan Guillén, con no menos aceros,
La lista de los suyos se comienza;
Mas por ser poca copia de guerreros
No podia tejerse larga trenza,
Pues solos lleva quince con pañeros,
Soldados de valor y de vergüenza,
En otro bergantín; y hacen vía
Cuando la noche ya los encubria.

De los aliles llevan la demanda,
Que son los que ponian el espanto:
No curan de llevar la boga blanda
Entre tanto que dura negro manto,
Buscando cierto río que á la banda
De Santa Marta nace, por do tanto
Habian de correr hasta ponerse
Donde los indios han de recogerse.

Después que ya hallaron el entrada,
Caminan por el orden que se debe,
Por agua tan quieta y sosegada
Que parece que cuasi no se mueve:
Compónese muy bien la pavesada;
Fumoso tiro manda que se cebe:
Corren pues adelante por la ría
Hasta que ya pasó de medio día.

A todos pareció generalmente
Dar en ellos al cuarto mafutino;
Mas el gobernador no lo consiente,
Pareciéndole grande desatino,
A causa de poder aquella gente
Ser avisada por algún camino;
Y así sin esperar razon ni ruego
El solo quiso dar en ellos luego.

Los otros barcos van con él á una
En su parecer, viéndolo precito,
Y así fiándose de su fortuna,
Yendo dispuestos todos al conflicto,
Dieron en un compás como laguna
De tres leguas ó mas de circuito,
Dentro de la cual vieron en entrando
Gran número de casas blanqueando.

Compuestas sobre fuertes talanqueras,
Que hacen mas difícil su conquista;
Las paredes guaridas con esteras,
Que causaban de lejos bella vista;
Y no tan sin defensa las fronteras,
Que gran fuerza de gente no resista;
Y antes del dicho pueblo grande trecho
Los rodea palenque muy bien hecho.

Porque para hacer casa redonda
Y de madera gruesa cualquier trama,
Desde sus barcas en el agua fonda,
Agudo tronco limpio de su rama
Muchas vueltas le dan á la redonda,
Hasta que ya lo fijan en la lama,
Con la profundidad que se desea,
Y aun es aquella lama como breña.

Demás de aquesta pegajosa greda,
Hay fuera lagunazos de bitume,
Do quien entra yo fio que no pueda
Sacar presto su pié si se le sume,
Pues cualquier animal allí se queda
Hasta que ya por tiempo se consume;
Finalmente, fieles é infieles
Suelen brear con ello sus bateles.

Vendo Cazares pues desta manera,
Las armas y los tiros muy á pique,
Vieron enarbolar una bandera
Encima de la casa del cacique;
Y para que saliesen todos fuera,
De cuernos y fututos hay repique;
Los nuestros junto de la palizada
Por todas partes buscan el entrada.

El bárbaro feroz anda lijero,
Y los tres bergantines divertidos,
Buscando cada cual un entradero
De palos apartados ó rompídos;
El Cazares al fin entró primero
Por unos troncos que halló podridos:
Mandó llamar el resto del armada
Y todos entran en el estacada.

Decian indios ya medio ladinos:
«Gran contento me dan estos cristianos,
Pues que sin que trabajemos en caminos,
Ellos mismos se vienen á las manos.
Piensan los miserables peregrinos
Que tienen de volver salvos y sanos:
Espera pues un poco, gente pobre,
Y vereis si batimos bien el cobre.»

A este tiempo por el alaguna
Venía de canoas muchedumbre,
En orden puestas como media luna,
Regidas con muy poca pesadumbre;
Grita por todas partes importuna,
Segun los indios tienen de costumbre:
A ellos se va Cazares llegando,
A todos los soldados animando.

Diciendo: «No temais el estampida
Ni el impetu presente que se mueve,
Que presto los porremos en huida,
Como cada cual haga lo que debe;
Y muy á poco riesgo de la vida
Hareis que lo peor el indio lleve.»
Y así con tiro de sulfúreo fuego,
La proa de su barco toma luego.

Los de su bergantín bogan avante
Por llegar al lugar que se pretende:
Inmensidad de flechas por delante
Efecto del propósito defiende;
Mas bala de arcabuz pasa volante,
Lleva lo que la vista comprehende,
Aunque al soltar el arcabuceria
El bárbaro con agua se cubria.

Y el que se zabollió sin ser herido,
Pudieras sobre el agua vello presto,
Con arco y flecha bien apercebido,
Y en su canoa luego muy enhiesto;
Mas pecho que de bala fué rompido
Nunca se via mas mostrar el gesto,
Dándole por entonces sepultura
El centro de las aguas y fondura.

Los nuestros no creían hacer mella,
Segun la muchedumbre de las barcas;
Pero los indios no se ven sin ella,
Traspassados los pechos y las arcas,
Y aquí y allí patente la querella,
Viendo las aguas rojas y no zarcas;
Y todavía la naval batalla
Hace bien sus efectos do se balla.

Y así canoas hay que proas viran
Con grandísimo daño de su gente,
Queriendo por los muchos que suspiran
Del espalda robusta hacer frente;
Finalmente los indios se retiran
Sin quedar dellos ánima viviente,
Metiéndose por bocas y canales
Entre crecidos juncos y eneales.

El Cazares seguía la canalla,
Y todos los demas con fuerte brio,
Por no les suceder en la batalla
Herida, sinsabor ó desavio;
Entraron en el pueblo que se halla
De grandes y de chicos ya vacío:
Todas las casas del van abrasando,
La casa del cacique reservando.

Pasan allí la noche, y otro día
Amigos indios van por agua y tierra,
Llamando la huida compañía
Y convidándola con paz ó guerra,
Quel sol por termino se les daría,
Desde que sale hasta que se cierra:
No vienen, y cumplidos estos trechos
A la isla de Tova van derechos.

Donde dieron de noche con obscuro,
Privando de la vida por sus manos
Al señor de la isla, varon duro,
Consumidor de vidas de cristianos,
Dándoles en prision guerrero juro
A sus hijos, mujer y á sus hermanos;
Y hechos estos lances venturosos,
A Zamora volvieron victoriosos.

Donde de los vecinos hecha junta,
A Cazares le dan mil bendiciones,
El cual á todos ellos les pregunta
Si quieren allanar mas trompezones:
Responden que ninguno se barrunta
Que manifieste malas intenciones,
Porque los castigados y subyctos
Traian á los otros inquietos.

Hechas pues estas sanguinosas treguas
No menos que por punta de cuchillo,
Cazares con caballos y con yeguas
Luego se fué la vuelta de Trujillo,
Distante de Zamora treinta leguas,
Do todos procuraron de servillo;
Luego con el consorcio fraterno
Se paró donde tiene su gobierno.

Ansímismo mi musa por agora,
De los pasados gastos poco franca,
Se pasa muy de paso por Carora,
Poblada ya por Joan de Salamanca,
Varon digno de lira mas sonora,
Y no para tocalla mano manca;
Pues subyctó los fuertes giraharas,
Gente feroz, robusta, de dos caras.

Y con aquesto tengo concluído
Todo lo sustancial de Venezuela,
En cuya narración he consumido
Noches en cantidad y alguna vela;
En todos los discursos muy asido
A la verdad, sin mezcla de novela,
Como dirán amigos y enemigos,
Pues hay vivos aun muchos testigos.

Que no me culparán porque yo abone
Lo que merece que todos abonen,
Y que estilo grandiloco pregone
Grandezas dignas de que se pregonen;
A los difuntos ya Dios los perdone,
Y á los vivos suplico me perdonen
Si por pasarse de la memoria
No hace mencion dellos el historia.